

do OCÁRIZ - José Luis ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid, Rialp, 1993; Giuseppe ROMANO, *Opus Dei. Chi, come, perché*, Cinisello Balsamo (Milano), San Paolo, 1994.

+ Javier ECHEVARRÍA

ESPIRITU SANTO

1. La Trinidad como origen y fin. 2. El Espíritu Santo, Pastor de nuestras almas. 3. La respuesta del hombre: limitación humana y docilidad. 4. La misión de la Iglesia y del cristiano.

Las referencias al Espíritu Santo son muy frecuentes en las obras publicadas de san Josemaría. Las citas suman más de un centenar, con una frecuencia semejante a la de otros términos fundamentales como, por ejemplo, Dios Padre. Como es lógico, las menciones al Espíritu Santo están relacionadas con las referencias a las otras dos Personas divinas (cfr. AD, 152; ECP, 142), muchas veces acompañadas por el término “Dios” repetido antes de cada una de ellas (cfr. AD, 33, 66; CONV, 109; ECP, 148, 160; F, 611; S, 693, 985).

1. La Trinidad como origen y fin

Con fuerza patristica, y en consonancia con toda la tradición cristiana, san Josemaría presenta al Dios Uno y Trino como origen y fin del hombre y de todas las cosas. La comprensión de la Trinidad Beatísima como fuente y fin de la vida teologal del cristiano conduce a una oración en la que la Trinidad aparece como objeto de las tres virtudes teologales: “Aprende a alabar al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Aprende a tener una especial devoción a la Santísima Trinidad: creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo; espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo; amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo. Creo, espero y amo a la Trinidad Beatísima” (F, 296).

Esa repetición de los nombres de las tres Personas se da también en un contexto directamente litúrgico, como, por ejemplo, “la bendición de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo” (C, 57). En este ámbito, son particularmente ricas las expresiones como el “dar gloria a Cristo y, por Él y con Él y en Él, al Padre y al Espíritu Santo” (C, 786), que subrayan, a través de la dimensión cristológica y eucarística, la dinamicidad de las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu divino. La santa Misa es presentada como una vía de acceso a la vida íntima del Dios trinitario, en cuanto “todos los afectos y las necesidades del corazón del cristiano encuentran, en la Santa Misa, el mejor cauce: el que, por Cristo, llega al Padre, en el Espíritu Santo” (AIG, p. 80).

Este modo de proceder responde a la profunda conciencia de la llamada del hombre a acercarse a las tres Personas divinas, tratando de tú a cada una, y distinguiéndolas (cfr. AD, 306), para expresar su personalidad propia en el diálogo de amor entre el bautizado y Dios. Esta experiencia está en la raíz de *Forja*, 2: “-¡Dios es mi Padre! -Si lo meditas, no saldrás de esta consoladora consideración. -¡Jesús es mi Amigo entrañable! (otro Mediterráneo), que me quiere con toda la divina locura de su Corazón. -¡El Espíritu Santo es mi Consolador!, que me guía en el andar de todo mi camino. Piénsalo bien. -Tú eres de Dios..., y Dios es tuyo”.

Otra característica habitual en las enumeraciones de las tres Personas divinas es su cercanía a la Virgen Santísima, tanto en su coronación por parte de la Trinidad (cfr. S, 926; F, 285 y SR, Quinto Misterio Glorioso), como en su mediación mariana en la relación del cristiano con Dios (cfr. F, 41, 1012; ECP, 32, 148, 166). El nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo aparece seguido inmediatamente del de María (cfr. CONV, 123), que “está en cuerpo y alma junto a Dios Padre, junto a su Hijo, junto al Espíritu Santo” (ECP, 142). Esta referencia

a la unión en cuerpo y alma de la Virgen con la Trinidad se repite en la predicación de san Josemaría (cfr. AD, 292).

Una bella y sintética fórmula es la descripción de María mediante sus relaciones con las tres Personas divinas, como aparece en la siguiente oración: “Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!” (C, 496; cfr. también S, 801; F, 555; AD, 274; y, en referencia a la Asunción, ECP, 171). La Virgen aparece dentro de la dinámica recíproca de las tres Personas divinas, e introduce a los hombres en esta dinámica divina: “Si nos comportamos así, encontraremos –junto a la Cruz– a María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra. De su mano bendita llegaremos a Jesús y, por Él, al Padre, en el Espíritu Santo” (AIG, p. 61). Ella muestra en su cuerpo y en su alma, en sus relaciones de mujer como Hija, Madre y Esposa, que el fin del hombre es la unión perfecta con el Dios uno y trino.

2. El Espíritu Santo, Pastor de nuestras almas

La santidad es posible solamente porque el Dios trino se dona realmente al hombre a través de la misión conjunta del Hijo y del Espíritu, que abren el camino al Padre. Y en este camino, el Paráclito es *el Pastor de nuestras almas* (cfr. ECP, 174), pues a través de la Escritura, la liturgia y la asistencia continua a la Iglesia, conduce al hombre por esta vía.

El acercamiento de san Josemaría a la Escritura está marcado por una referencia constante a la tercera Persona, presentada como fuente directa del texto sagrado. Es él quien “dispuso que quedase escrito” (ECP, 140) y “nos ha transmitido” (AD, 241) el Evangelio. Las citas bíblicas son a menudo introducidas por expresiones en las que el Espíritu Santo es sujeto de verbos referidos a enseñar o transmitir: “dice” (C, 244; S, 628; F, 10), “sentencia” (S, 586);

“enseña” (F, 1021); “nos comunica” (AD, 232). Habla también de “palabras claras” de la Escritura (S, 31, 163) a través de las cuales el Espíritu Santo hace referencia a la “promesa” (S, 459) y al “consejo” (F, 297). Se tiene la impresión de que la relación personal con las tres Personas divinas, y con el Paráclito en concreto, mueve a san Josemaría a recoger con gran realismo la acción pneumatológica en la constitución y la transmisión de la Escritura. Ser santos quiere decir vivir el Evangelio y estar en relación directa con el Autor divino que configura la existencia del creyente. Él actualiza en la oración la enseñanza de Jesús y “trae a nuestra memoria las palabras del Evangelio” (AD, 238).

La doctrina de Escrivá no consiste, de hecho, en una reflexión puramente académica, sino que nace de su vida y experiencia (cfr. ARANDA, 1990, pp. 89-92). Brota de una fe profunda en la acción divina en el mundo y en la historia, en la irrupción del Paráclito en el alma. En términos técnicos, se puede decir que estos modos de expresarse muestran una fuerte percepción acerca de la conexión que existe entre la economía y la inmanencia divinas. Y es esta conexión la que constituye el camino que el hombre puede recorrer con Cristo y el Espíritu para subir al Padre (cfr. ILLANES, 1999, p. 476).

Estamos ante un tema central en la teología de los Padres de la Iglesia, tanto de los latinos como de los orientales, a los que de hecho remite. Por ejemplo, a propósito de la acción del Paráclito en la Eucaristía, se presentan varios textos: uno de Juan Damasceno en *Amigos de Dios*, 15, uno de san Cirilo de Jerusalén y otro de san Agustín, también en *Amigos de Dios*, 87. Varias veces (cfr. AD, 89; AIG, pp. 15-38) aparece la definición de la Iglesia como pueblo “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” del *De dominica oratione* de san Cipriano (23: PL 4, 553), que tanta importancia tuvo en el Concilio Vaticano II (cfr. LG, 4).

La acción del Espíritu se pone en evidencia tanto en la lectura litúrgica de la Escritura como en la celebración de los sacramentos, definidos en una ocasión como “luces del Paráclito” (ECP, 89). El Bautismo, la Confirmación, la Ordenación sacerdotal están relacionados con la acción del Espíritu Santo mediante el concepto de *efusión*, calificada como “callada y fecunda” en el caso del sacramento de la Confirmación (cfr. ECP, 78) y de nueva e inefable en la Ordenación (cfr. ECP, 79).

Según la misma lógica, la tercera Persona de la Trinidad ayuda a prepararse y a vivir la santa Misa (cfr. ECP, 83), pues la santa Misa es fruto de la “corriente trinitaria de amor por los hombres” (ECP, 85). San Josemaría presenta esta doctrina a partir de las diversas oraciones de la liturgia eucarística, desde la colecta hasta la bendición final (cfr. ECP, 85-91), mostrando cómo “toda la Trinidad está presente en el sacrificio del Altar” y poniendo en evidencia la cooperación de la tercera Persona en el santo Sacrificio (cfr. ECP, 86 y 90). La Eucaristía es “el centro y la raíz” de la vida espiritual del cristiano (cfr. ECP, 87), de modo que, “asistiendo a la Santa Misa, aprenderéis a tratar a cada una de las Personas divinas: al Padre, que engendra al Hijo; al Hijo, que es engendrado por el Padre; al Espíritu Santo que de los dos procede” (ECP, 91).

El Espíritu Santo es “fruto de la Cruz” (ECP, 96; F, 759), don del Calvario que llega a nosotros (cfr. F, 27). En su sublime acto de obediencia filial, el Crucificado nos dona “el Espíritu de Verdad y de Vida” (ECP, 102), es decir, el Espíritu del Hijo, de modo que “al actuar el Paráclito en nosotros, confirma lo que Cristo nos anunciaba: que somos hijos de Dios” (ECP, 118). El sacrificio de Cristo se entiende como acto supremo de caridad porque el Espíritu es el don de sí que el Hijo libremente restituye al Padre. La Cruz se presenta, pues, con expresiones que se pueden poner en relación con la tradición occidental y oriental, como una realidad gloriosa. La santidad es posible

porque desde la Cruz el Espíritu se difunde a los hombres, que pueden vivir como hijos de Dios, como contemplativos en medio del mundo, pues en sus corazones llevan el Espíritu de Cristo, que les ayuda constantemente y forja sus acciones, su modo de pensar y de sentir, donándoles la paz del Corazón de Jesús (cfr. ECP, 169).

En la doctrina de san Josemaría, el papel de la tercera Persona en la Eucaristía y el hecho de que la donación del Espíritu sea fruto de la Cruz están estrechamente relacionados con la devoción al Sagrado Corazón, entendida aquí en un modo profundamente teológico y trinitario. En textos de gran fuerza expresiva queda constancia de la profundidad pneumatológica de la Caridad de Cristo: “el amor de Jesús a los hombres es un aspecto insondable del misterio divino, del amor del Hijo al Padre y al Espíritu Santo. El Espíritu Santo, el lazo de amor entre el Padre y el Hijo, encuentra en el Verbo un Corazón humano” (ECP, 169). La dimensión histórica de la donación de Cristo al hombre revela y comunica la intimidad divina y el Amor eterno de las tres Personas. De este modo, también el cristiano en su vida diaria puede llegar verdaderamente a la intimidad divina (cfr. ECP, 116).

Esta conexión entre las misiones divinas y la inmanencia trinitaria resulta esencial en el mensaje difundido por san Josemaría, pues la llamada universal a la santidad nace dentro de la Trinidad, y se realiza mediante la *tractio* que Cristo ejerce sobre cada hombre y sobre las realidades humanas: “Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, *divino afflante Spiritu*, con el soplo del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre” (ECP, 94). La percepción de esta atracción está ligada en la vida de san Josemaría a una concreta experiencia mística, a una locución interior que tuvo el 7 de agosto de 1931, cuando sintió en su alma con claridad las palabras de Jn 12, 32: “*Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum!*” (Y yo, cuando

sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí) (AVP, I, p. 380; cfr. *ibidem*, pp. 380-384). Esta atracción no es extrínseca, sino que nace de dentro del mundo precisamente porque está realizada por el Espíritu. Él es el Pastor que lleva a los hombres a la santidad a través del único camino posible que es el Corazón de Cristo atravesado en el Sacrificio del Calvario. El Padre, origen último de todo y de toda *tractio*, es el Dios cercano, que envía a nuestros corazones la tercera Persona para que podamos dejarnos ganar por la maravilla del Crucificado: “El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones” (ECP, 84).

3. La respuesta del hombre: limitación humana y docilidad

La experiencia personal de la atracción del Paráclito que actúa en el corazón de los hombres para *crisificarlos* y llevarlos al Padre está unida en san Josemaría a la clara percepción de los límites que el hombre puede poner al actuar salvífico y la consecuente necesidad de la docilidad (cfr. Rouco, 2003, p. 14). Puesto que el camino de la santidad ha sido abierto por Dios, el único verdadero obstáculo es la costra o corteza que hace insensible el corazón a las mociones del Espíritu (cfr. C, 130; ECP, 165).

Las enseñanzas sobre el Paráclito están a menudo asociadas a la percepción de la limitación humana y a la consecuente necesidad de abandono confiado y filial en la acción de Dios, como un niño en relación a su Padre. Esta es la línea fundamental que se encuentra en *Camino*. En el

punto 599, que recoge un texto escrito en septiembre de 1932, san Josemaría afirma: “Eres polvo sucio y caído. –Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brille como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición. Un instante de soberbia te volvería al suelo, y dejarías de ser luz para ser lodo”. El contacto personal con la luz irradiada por Cristo muestra al hombre su nada y le hace tocar cómo todas sus virtudes y sus obras buenas no son otra cosa que un don divino. La percepción de la llamada universal a la santidad se funda sobre esta comprensión radical: “Frecuenta el trato del Espíritu Santo –el Gran Desconocido– que es quien te ha de santificar. No olvides que eres templo de Dios. –El Paráclito está en el centro de tu alma: óyete y atiende dócilmente sus inspiraciones” (C, 57).

Este último punto reproduce un texto escrito en noviembre de 1932, año en el que la devoción de san Josemaría a la tercera Persona de la Trinidad creció con la lectura del *Decenario al Espíritu Santo* de Francisca Javiera del Valle y con numerosas luces divinas que le vinieron mientras se preparaba para la solemnidad de Pentecostés de aquel año. El texto es fruto de la oración *mansa y luminosa* que siguió a un consejo recibido por el P. Sánchez Ruiz, su confesor: “tenga amistad con el Espíritu Santo. No hable: óigale” (CECH, p. 267); está en el origen de *Forja*, 430: “No te limites a hablar al Paráclito, ¡óyete! En tu oración, considera que la vida de infancia, al hacerte descubrir con hondura que eres hijo de Dios, te llenó de amor filial al Padre; piensa que, antes, has ido por María a Jesús, a quien adoras como amigo, como hermano, como amante suyo que eres... Después, al recibir este consejo, has comprendido que, hasta ahora, sabías que el Espíritu Santo habitaba en tu alma, para santificarla..., pero no habías “comprendido” esa verdad de su presencia. Ha sido precisa esa sugerencia: ahora sientes el

Amor dentro de ti; y quieres tratarle, ser su amigo, su confidente..., facilitarle el trabajo de pulir, de arrancar, de encender... ¡No sabré hacerlo!, pensabas. –Óyele, te insisto. El te dará fuerzas, Él lo hará todo, si tú quieres..., ¡que sí quieres! –Rézale: Divino Huésped, Maestro, Luz, Guía, Amor: que sepa agasajarte, y escuchar tus lecciones, y encenderme, y seguirte y amarte”.

En 1934, san Josemaría compuso una oración que era consecuencia de su trato con Dios y de los consejos que había recibido en la dirección espiritual: “Ven, ¡oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos: fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo: inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir diciendo: después..., mañana. Nunc coepi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte. ¡Oh, Espíritu de verdad y de Sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras...!” (CECH, p. 271).

San Josemaría indica que la apertura de abrir el alma a la obra del Paráclito, unida a la docilidad al director espiritual, es una vía segura para llegar a la santidad. Esta doctrina se completa si tenemos en cuenta que la tarea misma de dirección de almas reclama que el director aspire a secundar eficazmente la obra del Paráclito (cfr. C, 62). Esta actitud de docilidad la describe a veces unida a la infancia espiritual (cfr. C, 852), también con palabras que evocan la identificación con Cristo operada por el Espíritu: “No estorbes la obra del Paráclito: únete a Cristo, para purificarte, y siente, con Él, los insultos, y los salvazos, y los bofetones..., y las espinas, y el peso de la cruz..., y los hierros rompiendo tu carne, y las ansias de una muerte en desamparo... Y métete en el costado abierto de Nuestro Señor Jesús hasta hallar cobijo seguro en su llagado Corazón” (C, 58). El cristiano está llamado a ser *alter Christus*, *ipse Christus* por obra del Paráclito que lo

hace hijo en el Hijo y lo une a la Cruz, ofreciéndole en el Corazón de Jesús un refugio seguro, donde hasta el más pequeño puede encontrar el Amor del Padre.

Esta línea de pensamiento se encuentra en otros escritos de san Josemaría, como *Surco*, 978, punto que, de modo paralelo a *Camino*, 58, define la obra del Paráclito: “que haga de tu pobre carne un Crucifijo”. No hay otro camino (cfr. F, 860). La experiencia de los apóstoles deben recorrerla también todos los cristianos: aunque habían sido formados por Cristo, huyeron frente a la Cruz, pero después de Pentecostés sus límites y su debilidad fueron transfigurados por la eficacia del Paráclito (cfr. S, 283; ECP, 2). También el cristiano experimenta sus propios límites, pero puede pedir la eficacia del Espíritu Santo con la seguridad absoluta de ser escuchado (cfr. S, 616), pues “el Espíritu Santo puede valerse para sus planes del instrumento más inepto” (F, 671).

La lucha ascética es concebida como apertura, como docilidad a esa acción de Dios en nosotros que tiene su realización visible en los sacramentos (cfr. F, 429). La esencia de esa lucha radica en el esfuerzo por abandonarse y aceptar la voluntad del Padre, a imitación de Jesús. “Si vuelves a abandonarte en las manos de Dios, recibirás, del Espíritu Santo, luces en el entendimiento y vigor en la voluntad” (F, 424). La docilidad no tiene un valor meramente moral, como si fuera un precepto extrínseco, sino que está fundada ontológicamente en la inhabitación misma del Paráclito en el alma. Se trata de abrirse a la fuerza del Espíritu Santo en nosotros, procurando remover cualquier obstáculo. De ahí los sentimientos que se reflejan en un punto de *Forja*: “Señor, que desde ahora sea otro: que no sea “yo”, sino “aquél” que Tú desees. –Que no te niegue nada de lo que me pidas. Que sepa orar. Que sepa sufrir. Que nada me preocupe, fuera de tu gloria. Que sienta tu presencia de continuo. –Que ame al Padre. Que te desee a Ti, mi Jesús, en

una permanente Comunión. Que el Espíritu Santo me encienda” (F, 122).

No es, pues, extraño que san Josemaría invite a invocar a la tercera Persona tanto en el examen de conciencia (cfr. F, 326), como en cualquier momento del día, mediante la repetición de jaculatorias: “empápame, emborráchame de tu Espíritu” (F, 353); “*Ure igne Sancti Spiritus!*” (F, 516, 923); o “*Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*” (SR, Primer Misterio de Luz). Su propósito era “«frecuentar», a ser posible sin interrupción, la amistad y trato amoroso y dócil con el Espíritu Santo. —«Veni, Sancte Spiritus...!» —¡Ven, Espíritu Santo, a morar en mi alma!» (F, 514).

Todo esto se relaciona, como es obvio, con la filiación divina, con la conciencia de ser un hijo pequeño de Dios que no tiene miedo de nada y de nadie, no porque confíe en sus propias fuerzas, sino porque se apoya en el Espíritu del Padre que le ha sido donado: “Procura ser un niño con santa desvergüenza, que “sabe” que su Padre Dios le manda siempre lo mejor. Por eso, cuando le falta hasta lo que parece más necesario, no se apura; y, lleno de paz, dice: me queda y tengo al Espíritu Santo” (F, 924). Y, como le ocurre a un niño, también aparece la madre que viene a ayudarlo, que le levanta más allá de sus propios límites: es María quien, como perfecta respuesta al don de Dios, enseña en el diálogo personal a ser dócil al Paráclito y purifica el alma ayudándola a levantar el vuelo a pesar de las tentaciones del mundo (cfr. F, 994).

Siguiendo la Tradición de la Iglesia, san Josemaría recuerda que la vida moral del cristiano está sostenida por los siete dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Los dones son “disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo” (CCE, n. 1830). Cada don completa y lleva “a su perfección las virtudes

de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas” (CCE, n. 1831).

4. La misión de la Iglesia y del cristiano

María conduce a la santidad, reuniendo a todos los hijos de Dios en la Iglesia. San Josemaría amaba la jaculatoria “*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*” (F, 647), que repitió desde los inicios de la fundación del Opus Dei. La Iglesia está marcada por la presencia del Paráclito y se configura como el lugar de la santificación: “Santidad no significa exactamente otra cosa más que unión con Dios; a mayor intimidad con el Señor, más santidad. La Iglesia ha sido querida y fundada por Cristo, que cumple así la voluntad del Padre; la Esposa del Hijo está asistida por el Espíritu Santo. La Iglesia es la obra de la Trinidad Santísima; es Santa y Madre, Nuestra Santa Madre Iglesia” (AIG, p. 21).

Este es el tema central de la homilía *El Gran Desconocido*, fechada el 25 de mayo de 1969, fiesta de Pentecostés. San Josemaría comienza evocando el evento de Pentecostés, narrado en Hechos, cuando la potencia de Dios descendió sobre los apóstoles que experimentaron la fuerza del Espíritu, capaz de vencer todos sus temores y sus debilidades. En la comunidad primitiva, añade, todo era obra del Paráclito (cfr. ECP, 127). Esta constatación ilumina la situación de la Iglesia contemporánea, pues lo narrado en el texto sagrado “no es un recuerdo del pasado” (ECP, 128), ya que Cristo ha prometido que el Paráclito permanecerá siempre con sus discípulos (cfr. Jn 14, 16). Por eso, los límites y las debilidades de los cristianos, así como el aparente fracaso de iniciativas o tareas no pueden conducir al desánimo y a la infidelidad. San Josemaría remite a su propia experiencia, narrando el episodio que tuvo lugar cuando un amigo le mostró en un mapamundi el pretendido fracaso del cristianismo (cfr. ECP, 129). Cristo, replicó san Josemaría, no ha fracasado. Dios no quiere

esclavos sino hijos, libres cooperadores de su designio, y de ahí nace la posibilidad de volverle la espalda, de oponerse al amor de Dios, pero también la de acoger el amor de Dios, incluso bajo la forma del perdón. Por esto “vale la pena jugarse la vida, entregarse por entero, para corresponder al amor y a la confianza que Dios deposita en nosotros” (ECP, 129).

Fruto de esta honda conciencia acerca de la acción del Espíritu Santo es la fe en la Iglesia. Los dones de Dios pueden estar depositados a veces en vasos de arcilla (cfr. 2 Co 4, 7), pero no se deben desconocer los muchos frutos de santidad ni ser superficiales. “Lo más importante en la Iglesia no es ver cómo respondemos los hombres, sino ver lo que hace Dios” (ECP, 131). No debemos fiarnos de nosotros mismos, pero “no tenemos derecho a dudar de Dios” (*ibidem*).

El 30 de mayo de 1970, san Josemaría consagró el Opus Dei al Espíritu Santo, implorando que derramase sus dones entre los miembros de la Obra. Incluyó además una plegaria por la Iglesia: “Te rogamos que asistas siempre a tu Iglesia, y en particular al Romano Pontífice para que nos guíe con su palabra y con su ejemplo, y para que alcance la vida eterna junto con el rebaño que le ha sido confiado; que nunca falten los buenos pastores y que, sirviéndote todos los fieles con santidad de vida y entereza en la fe, lleguemos a la gloria del cielo” (AVP, III, p. 611).

La comprensión profunda de la presencia del Paráclito en la Iglesia llevó a san Josemaría a una concepción extremadamente amplia de la misión del cristiano en la Iglesia. Todos los fieles, en cuanto bautizados, están llamados a ser santos porque el Espíritu permite la santificación de toda actividad humana, incluida la vida corriente, el trabajo profesional y las obligaciones familiares. Es el Espíritu quien ayuda a descubrir en todas las actividades humanas, incluso las más comunes, “*un algo santo, divino*” (CONV, 114).

La necesidad de hacer apostolado es, pues, una constante, ya que “cada generación de cristianos ha de redimir, ha de santificar su propio tiempo: para eso, necesita comprender y compartir las ansias de los otros hombres, sus iguales, a fin de darles a conocer, con *don de lenguas* cómo deben corresponder a la acción del Espíritu Santo, a la efusión permanente de las riquezas del Corazón divino” (ECP, 132). De la fe en el Espíritu Santo y de la relación con Él es de donde nace la acción del apóstol, que no hace otra cosa sino donar la luz que él ha recibido inmerecidamente: “Amad a la Tercera Persona de la Trinidad Beatísima: escuchad en la intimidad de vuestro ser las mociones divinas –esos alientos, esos reproches–, caminad por la tierra dentro de la luz derramada en vuestra alma” (ECP, 133).

Todo ello sabiendo que todos los cristianos están llamados a la plenitud de la vida teologal: “Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida” (ECP, 134). Por consiguiente, cada uno debe ser consciente de que no existen cristianos de segunda clase, de que Dios llama a cada uno a ser santo y, por tanto, de que debe contribuir a que todos reconozcan esa realidad. Como medios para ayudar a descubrir la radicalidad del Bautismo, hace referencia al abandono filial en la voluntad divina y a la docilidad (cfr. ECP, 135); a la vida de oración, entendida como conversación personal y amistad con el Paráclito, pues “si tenemos relación asidua con el Espíritu Santo, nos haremos también nosotros espirituales, nos sentiremos hermanos de Cristo e hijos de Dios, a quien no dudaremos en invocar como a Padre que es nuestro” (ECP, 136); y, finalmente, a la unión con la Cruz, ya que –como dijimos antes– el Calvario precede a la Resurrección y Pentecostés en la vida de Cristo, y así debe ocurrir en cada cristiano (cfr. ECP, 137-138): “Si tratamos al Señor en la oración, caminaremos con la

mirada despejada que nos permita distinguir, también en los acontecimientos que a veces no entendemos o que nos producen llanto o dolor, la acción del Espíritu Santo” (AIG, p. 34).

De esta confianza en la presencia del Paráclito nace el “optimismo cristiano”, que ocupa un lugar importante en la doctrina de san Josemaría (cfr. CONV, 23; AIG, pp. 15-38). Así como un profundo amor a la libertad, que configura la vida espiritual del cristiano en cuanto hijo de Dios (cfr. CONV, 8), con la correspondiente responsabilidad.

En coherencia con la misión que había recibido, san Josemaría dedicó amplio espacio a hablar de los laicos o cristianos corrientes. Todo cristiano debe ser consciente de ser Iglesia (cfr. CONV, 59), y sentirse impulsado a participar con responsabilidad en la misión confiada por Cristo a todos los bautizados, cada uno en las circunstancias que le corresponde vivir. De ahí que, refiriéndose al Opus Dei, pero esbozando una doctrina de alcance general, san Josemaría pudiese decir: “damos una importancia primaria y fundamental a la espontaneidad apostólica de la persona, a su libre y responsable iniciativa, guiada por la acción del Espíritu” (CONV, 19).

La acción apostólica del cristiano, sea cual sea su condición, será espontánea y libre, pues todo en su existencia se ha de mover desde dentro, no desde fuera. Cada cristiano está llamado a ser santo y a atraer a los demás hacia la fe y la santidad, siguiendo y realizando la propia libertad, ya que la percepción de los propios límites debe transformarse en apertura a la acción del Paráclito. El hombre no puede salvarse por sí solo, y por tanto su grandeza le viene de lo alto: “las obras apostólicas no crecen con las fuerzas humanas, sino al soplo del Espíritu Santo” (CONV, 40). Siempre sin olvidar que la salvación perfecciona al hombre en cuanto hombre y lo libera, realizando sus aspiraciones más hondas. Lo humano no está opuesto a lo

divino, sino abierto en su más íntima profundidad a esta realidad. La identidad más plena del hombre está enmarcada por su filiación divina, por la llamada a colaborar con su Padre para la salvación del mundo (cfr. SCHEFFCZYK, 2002, p. 63).

La acción del Espíritu provoca así una apertura radical del corazón del cristiano, que busca puntos de encuentro con cada hombre a través del trabajo y de la vida cotidiana. Una apertura que caracteriza a la Iglesia desde el inicio porque nace del Corazón de Cristo: “La Iglesia era Católica ya en Pentecostés; nace Católica del Corazón Ilagado de Jesús, como un fuego que el Espíritu Santo inflama” (AIG, p. 27). Y es María quien, a los pies de la Cruz, intercede ante su Hijo para que envíe a los hombres el Paráclito, de modo que todos vuelvan juntos al Padre (cfr. ECP, 66).

Voces relacionadas: Consagraciones del Opus Dei; Trinidad Santísima.

Bibliografía: Antonio ARANDA LOMEÑA, “Perfiles teológicos de la espiritualidad del Opus Dei”, *ScrTh*, 22 (1990), pp. 89-111; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, I-III, Madrid, Rialp, 2010-2013; José Luis ILLANES MAESTRE, “Trato con el Espíritu Santo y dinamismo de la experiencia espiritual. Consideraciones a partir de un texto del Beato Josemaría Escrivá”, en Pedro RODRÍGUEZ (ed.), *El Espíritu Santo y la Iglesia. XIX Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999, pp. 467-479; Fernando OCÁRIZ, “El Espíritu Santo y la libertad de los hijos de Dios”, en *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona, EUNSA, 2010, pp. 107-121; Domingo RAMOS-LISSÓN, “Aspectos de la divinización en el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en José Luis ILLANES *et al.*, *El cristiano en el mundo. En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (1902-2002). XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2003, pp. 483-499; Antonio María ROUCO VARELA, “«La santidad radica en ser dóciles al Espíritu Santo»: El pa-

ralemismo de san Alonso de Orozco y el beato Josemaría”, *Alfa y Omega*, 315 (2003), p. 14; Leo SCHEFFCZYK, “Die Gnade in der Spiritualität von Josemaría Escrivá”, en César ORTIZ (Hrsg.), *Josemaría Escrivá. Profile einer Gründergestalt*, Köln, Adamas Verlag, 2002, pp. 57-80.

Giulio MASPERO

ESTADOS UNIDOS

1. Primeros pasos. 2. El primer Centro y el comienzo de las actividades para mujeres. 3. Nueva York y Boston. 4. Aprendiendo el espíritu del Opus Dei de su fundador. 5. La expansión a nuevas ciudades. 6. Mensaje a Estados Unidos.

San Josemaría tuvo un interés especial en Estados Unidos a causa de su creciente influencia en el mundo después de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, fue, con México, uno de los primeros países en los que comenzó la expansión del Opus Dei por el continente americano.

1. Primeros pasos

En 1946, José María González Barredo, uno de los primeros miembros del Opus Dei, obtuvo una beca de tres años para un trabajo post-doctoral en Física. San Josemaría le sugirió que buscara un centro de investigación en Estados Unidos para conocer el país y estudiar de primera mano las posibilidades para el apostolado del Opus Dei allí. Barredo se trasladó a los Estados Unidos y, desde muy pronto, en sus cartas se refería al brillante panorama de oportunidades que se abría en ese país.

En 1948, san Josemaría vio que era el momento de que el Opus Dei –que ya había empezado la labor apostólica en Italia, Portugal, Gran Bretaña, Francia e Irlanda– cruzara el Atlántico. Don Pedro Casciaro y otros dos miembros de la Obra visitaron durante seis meses a varios obispos y conocieron algunas universidades en Canadá, Estados Unidos, México, Perú, Chile y Argentina. Poco después de su vuelta, san

Josemaría preguntó a don José Luis Múzquiz –quien sería luego conocido para los americanos como Father Joseph– si quería empezar la labor apostólica del Opus Dei en Estados Unidos. Le recomendó que no tuviera miedo a cometer errores: “Más vale echarse atrás en un par de cosas –recordaba Múzquiz– que dejar de hacer noventa y ocho por miedo a equivocarse” (COVERDALE, 2010, p. 57).

Eran tantas las necesidades económicas del Opus Dei en aquellos momentos, que san Josemaría dijo a Father Joseph que, a su pesar, solo podría enviarle con su bendición. “Pero el cariño del Padre y el amor a Nuestra Señora –recuerda Múzquiz– encontró para nosotros algo mucho más valioso que el dinero, para llevar a Estados Unidos. Nos entregó un cuadro de Nuestra Señora que había estado en el centro del Opus Dei en Burgos, durante la guerra civil española” (*ibidem*).

El 17 de febrero de 1949, Fr. Joseph y Salvador Martínez Ferigle –un doctorando en Física– dejaron Madrid y volaron rumbo a Nueva York. En el último tramo del viaje, don José Luis escribió desde el avión: “Llevamos volando más de cinco horas sobre un trocito pequeño de América: América es muy grande – Volamos hace un momento sobre Boston. Hemos visto la Universidad de Harvard... y le hemos pedido ayuda al Ángel Custodio de la universidad y a todos los de cada uno de sus habitantes ... El país es muy grande... y muy pequeño. Y todo esto ha de llenarse de Sagrarios... Desde el avión se ve un horizonte inmenso ¡Qué gran cosecha!” (COVERDALE, 2010, pp. 57-58).

En parte porque González Barredo estaba ya trabajando en Chicago, decidieron empezar en esa ciudad. Al principio vivieron en un modesto hotel. Eran grandes los desafíos que debían afrontar. No tenían dinero, no conocían a casi nadie, hablaban poco inglés y no estaban familiarizados con las costumbres y modos de vida del país. Acometieron muchas situaciones nuevas en las que debían tomar decisiones difíciles. San Josemaría los animaba cariñosa-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.